

QUERIDO INCONSCIENTE, QUIERO SER TU AMIGO

Caro inconscio, voglio diventare tuo amico

MASSIMO RECALCATI

abcdario Freud ↔ Lacan

Traducción: Iván Sandoval Carrión

NOTA DEL TRADUCTOR: El presente escrito es el nuevo prólogo de la edición más reciente (2023) del libro "Elogio dell'inconscio" (Elogio del inconsciente) que el autor publicó por primera vez en el año 2007. Este prólogo apareció en la edición dominical del importante diario romano La Repubblica el 4 de febrero reciente, suscitando el interés de los lectores. Asumo que esta traducción inevitablemente incurre en la interpretación subjetiva del traductor: Traduttore, traditore. He puesto entre paréntesis y en italiano las palabras que podrían suscitar otras interpretaciones.

¿El destino del inconsciente será igual al de los dinosaurios? ¿Podría, el inconsciente, ir hacia una fatal extinción? Y el psicoanálisis, ¿no está quizás hoy realmente amenazado por el peligro de desaparecer para siempre? Y los psicoanalistas, ¿cuál sería su responsabilidad por esta extinción? En suma, ¿cuál será el porvenir del psicoanálisis en nuestra civilización? Es decir, ¿cuál será la posibilidad de que el sujeto del inconsciente siga existiendo?

Planteo estas preguntas de una manera deliberadamente extrema y paradójica, para ir inmediatamente al contenido de este libro. Se trata del elogio apasionado de un psicoanalista confrontado ante aquel objeto particular -el inconsciente- que no es objeto, en el sentido de que no responde a la noción empírica de objeto, y que constituye el centro de la actividad teórica y clínica del psicoanálisis.

Nuestro tiempo amenaza convertirse en la época de la extinción del inconsciente. El ideal del principio del rendimiento (*prestazione*) se ha impuesto como un nuevo mandamiento social. Una mutación antropológica ha reducido la realidad humana a la de una máquina que debe dar continuamente la prueba de su eficiencia. Es una ola enorme que hoy parece haber llegado a la orilla. El mito del éxito individual se ha afirmado como una nueva norma social. La adaptación al sistema implica una idea homogénea de felicidad que debe ser repartida socialmente sin dejar ningún espacio para la crítica.

El hiperactivismo eufórico que impregna el discurso del capitalista diseña una forma inédita de humanidad que quisiera evitar la incomodidad y el sufrimiento, en el nombre de un bienestar que no puede ser rehusado. La libertad de la masa alcanzada históricamente exige, en efecto, el acceso ilimitado a un goce que ha sustituido al régimen triste del deber moral. De ahí se deriva el que la así llamada enfermedad mental parece haber cambiado de registro: ella ya no tiene relación con la desviación de la norma, con la anormalidad, con la sinrazón, con la excentricidad anárquica de la locura.

En primer lugar, ella ya no es más la exclusión, la segregación y el confinamiento de la sinrazón culpable de abandonar los sólidos y luminosos anclajes de la razón humana. El nuevo rostro de la locura es hoy, más bien, el de la normalidad que se impone como norma

social, el del sujeto sobreadaptado, de su obligatoria eficiencia operativa, del principio de rendimiento (*prestazione*) como principio fundador del marco de la realidad.

La nueva locura ya no tiene nada que ver con la irracionalidad delirante que desafía a la normalidad, sino con un exceso de identificación con la norma. Pero si la locura hipermoderna consiste en creerse un Yo, la existencia del inconsciente nos recuerda que es justamente en el nombre del reforzamiento del principio yoico de identidad que se desencadenan las peores catástrofes. En el plano individual: narcisismo maligno, violencia, empobrecimiento creativo, infatuación (*presunzione*), prepotencia. En el plano colectivo: destructividad, guerra, fanatismo ideológico, racismo. La rigidez de los límites del Ego, más que su flexibilidad es, en efecto, para el psicoanálisis, el origen de cada tipo de “enfermedad mental”.

Pero no hay institución de la vida si no es como alianza entre la vida y su deseo. Se trata de estipular un nuevo pacto, un nuevo acuerdo entre el sujeto y el propio deseo inconsciente. Se trata de no ver el inconsciente como una amenaza que debe ser extirpada o de la cual hay que defenderse, sino como una amistad a cultivar. Es la gran enseñanza clínica del psicoanálisis: la llamada del inconsciente –su instancia– no debería ser silenciada ni ignorada. Pero para acoger su pedido se requiere una responsabilidad radical. El elogio del inconsciente nos obliga, efectivamente, a reformular la categoría ética de la responsabilidad disociándola de aquella del control (*padronanza*). Este es uno de los efectos más relevantes de la subversión freudiana del sujeto.

Mientras en la ética tradicional, que encuentra su cúspide en la sabiduría aristotélica, la responsabilidad coincide con el control de las pasiones, con su disciplina, con la moderación de su intemperancia estructural, la que podemos recabar del psicoanálisis es una ética que renuncia a todo ideal de dominio (*padronanza*). No se trata, en efecto, de domesticar el inconsciente, de neutralizar la fuerza, de colonizar el territorio, sino de entregarse a su llamada con arrojo. De reconocer que el Yo es incompetente en aquello de cultivar la amistad necesaria con el inconsciente.

Para intentar cultivar esta amistad es necesario reconocer que el inconsciente es, ante todo, una apertura ilimitada a la contingencia de la existencia y que el deber ético del sujeto consiste en habitar esta apertura antes que intentar defensivamente volver a cerrarla.

Este es un tema de gran actualidad. Frente a la tendencia aseguradora que parece hegemónica ya sea en la vida individual como en la colectiva, empujándolas a preferir lo cerrado a lo abierto, la identidad a la diferencia, la defensa a la posibilidad del encuentro, elogiar el inconsciente significa rehabilitar una versión de la vida que no está prisionera de la creencia de ser, que no le cree al propio yo y que, en consecuencia, no evita el encuentro con lo inesperado.